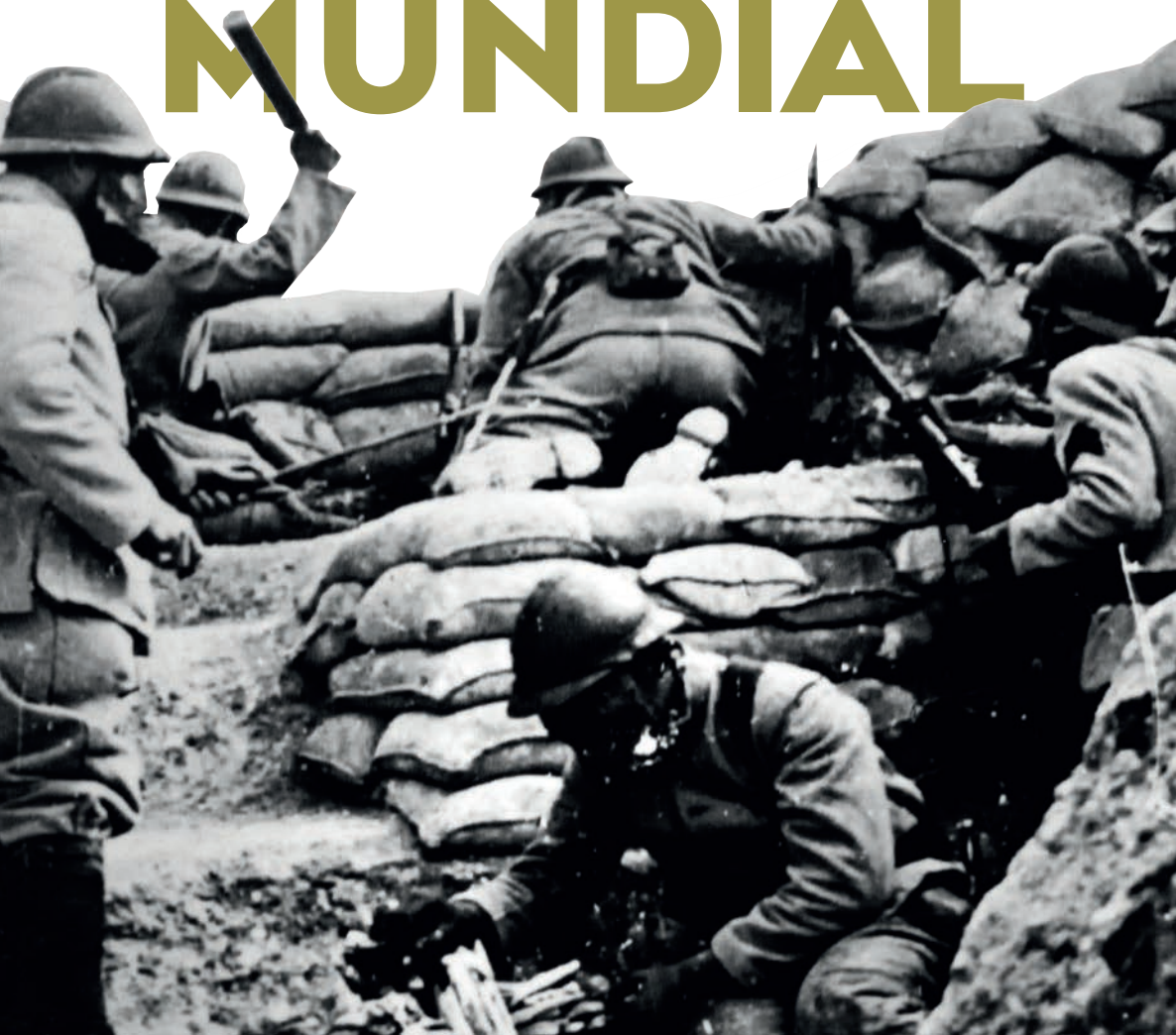


MICHAEL HOWARD

**LA
PRIMERA
GUERRA
MUNDIAL**



MICHAEL HOWARD

LA PRIMERA
GUERRA MUNDIAL

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2003
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2026

La primera guerra mundial Michael Howard

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayude a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The First World War*

© Michael Howard, 2002

La primera guerra mundial se publicó originalmente en inglés en 2002. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Editorial Crítica es el único responsable de esta traducción del trabajo original y Oxford University Press no tendrá responsabilidad por errores, omisiones, inexactitudes o ambigüedades en dicha traducción ni por pérdidas causadas por la confianza depositada en ella.

© de la traducción, Silvia Furió, 2003

© 2012 de la presente edición para España y América:

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-9199-841-9
Depósito legal: B. 241-2026
Printed in Spain - Impreso en España



Europa en 1914

Puesto que la Gran Guerra de 1914-1918 se libró en todos los océanos del mundo e implicó contendientes de todos los continentes, está totalmente justificada la denominación de «guerra mundial». Sin embargo no fue la primera. Las potencias europeas llevaban 300 años peleando entre sí a lo largo y ancho del planeta. Los que lucharon en aquella guerra la llamaron sencillamente «la Gran Guerra». Al igual que todas las contiendas que la precedieron, comenzó siendo un conflicto puramente europeo, surgido de las ambiciones encontradas y temores mutuos de las potencias de dicho continente. No obstante, el terrible curso que tomaron los acontecimientos y las catastróficas consecuencias en que desembocaron no se debieron tanto a su extensión en el globo como a una combinación entre la tecnología militar y la cultura de los pueblos en conflicto. Karl von Clausewitz escribió en el período pos-

terior a las guerras napoleónicas que la guerra estaba compuesta por tres aspectos: la política del gobierno, las actividades de los militares y «las pasiones de los pueblos». Debemos tener en cuenta cada uno de estos aspectos si queremos comprender por qué se produjo la guerra y por qué tomó un determinado cauce.

LAS POTENCIAS EUROPEAS EN 1914

Con unos pocos cambios marginales, las «grandes potencias» de Europa (como entonces se las llamaba) seguían siendo las mismas que las que ejercían su poder desde hacía dos siglos, pero el equilibrio entre ellas había cambiado radicalmente. Ahora la más poderosa de todas era el Imperio alemán, creado por el reino de Prusia tras sus victoriosas guerras de 1866 contra el Imperio austríaco y de 1870 contra Francia. Debido a su derrota Francia había quedado relegada a un segundo término y se dolía de ello. Las tierras políglotas del Imperio austríaco estaban reorganizadas desde 1867 en la doble monarquía de Austria-Hungría, que aceptaba su posición subordinada como aliada de Alemania. Aunque Hungría fuera un estado casi autónomo, cuando se hacía referencia a la monarquía se hablaba simplemente de «Austria» y sus habitantes recibían el nombre de «austríacos», del mismo modo que el Reino Unido se conocía comúnmente en el extranjero como «Inglaterra» y a sus habitantes les llamaban «ingleses». Flanqueando estas potencias continentales había dos imperios sólo parcialmente europeos en sus intereses: el inmenso Imperio ruso semiasiático, un importante jugador aunque intermitente del sudeste de Europa; y Gran

Bretaña, cuyo principal interés consistía en mantener el equilibrio de poderes en el continente mientras se expandía y consolidaba sus posesiones en ultramar. España, que había perdido los últimos vestigios de su imperio ultramarino (a excepción de la franja costera del norte de África) frente a Estados Unidos a principios de siglo, había retrocedido a una tercera posición. Su puesto en el reparto había sido ocupado por una Italia cuya unificación bajo la Casa de Saboya entre 1860 y 1871 era más aparente que real, pero cuyo incordio le valió el cauteloso respeto de las demás potencias.

Hasta finales del siglo XVIII, estas potencias habían sido socialmente homogéneas. Eran todas ellas sociedades básicamente agrarias dominadas por una aristocracia rural de terratenientes y gobernadas por dinastías históricas legitimadas por una Iglesia oficial. Cien años después todo esto había quedado completamente transformado o bien estaba en vías de una rápida y desestabilizadora transformación, pero el ritmo en que se produjo el cambio fue harto desigual, como tendremos ocasión de comprobar.

GRAN BRETAÑA

Gran Bretaña había marcado el camino. A principios del siglo XX era ya una nación completamente urbanizada e industrializada. La aristocracia rural siguió ostentando un dominio social, pero la Cámara de los Comunes le disputaba los últimos vestigios del poder político; en ella dos grandes partidos competían por los votos, no sólo del centro, sino, y cada vez más, por los de la clase obrera, a me-

dida que se extendía el sufragio. En 1906 accedió al poder una coalición liberal-radical, que comenzó a sentar las bases para un estado del bienestar; sin embargo, no podía ignorar el paradójico dilema en que se encontraba Gran Bretaña a principios de siglo. Seguía siendo la potencia más rica del mundo y la orgullosa dueña del mayor imperio que el mundo hubiera visto, y sin embargo era más vulnerable de lo que nunca lo había sido en toda su historia. El eje de aquel imperio era una isla densamente poblada que dependía del comercio mundial para su riqueza y, aún más importante, para poder importar los productos alimentarios con los que dar de comer a sus ciudades. El «dominio de los mares» por parte de la marina británica mantenía unido el imperio y al mismo tiempo aseguraba la alimentación de sus súbditos. La pérdida de la supremacía naval era una pesadilla que atenazaba a los sucesivos gobiernos británicos y dominaba sus relaciones con las demás potencias. Idealmente habrían preferido permanecer al margen de las disputas europeas, pero el menor indicio de que alguno de sus vecinos, individual o colectivamente, pudiese amenazar el dominio naval que ostentaban desde los últimos veinte años, provocaba una tremenda angustia nacional.

FRANCIA

Durante más de un siglo, entre 1689 y 1815, el mayor rival de Gran Bretaña en disputa por el dominio del mundo había sido Francia, y tuvieron que transcurrir otros cien años para que esta se diera cuenta de que la situación había cambiado. Francia había quedado muy rezaga-

da en cuanto a desarrollo económico como para convertirse en un serio competidor. La Revolución de 1789 había destruido los tres pilares del *Ancien Régime* —monarquía, nobleza e Iglesia— y distribuido sus tierras entre los campesinos minifundistas que se resistieron con firmeza a cualquier cambio que amenazase la expropiación de sus tierras, tanto si suponía una reacción como si implicaba un paso más en la revolución. Por otro lado, su forma de vida no fomentaba ni el crecimiento de la población ni la acumulación de capital necesarios para el desarrollo económico. En 1801 la población total en Francia alcanzaba los veintisiete millones y era la mayor de Europa. En 1910 eran tan sólo treinta y cinco millones, mientras que en el mismo período la población de Gran Bretaña había ascendido de once millones a cuarenta. Asimismo, la de la recién unificada Alemania superaba los sesenta y cinco millones y seguía aumentando. Tras su demoledora derrota en 1870, el ejército francés había encontrado un desahogo en las conquistas africanas que creaba cierta fricción con los intereses imperiales de Gran Bretaña, como sucedía con las rivalidades tradicionales en el Mediterráneo oriental, pero para los franceses éstas eran cuestiones marginales. Francia estaba profundamente dividida entre aquellos que se habían aprovechado de la Revolución; los que, bajo el liderazgo de la Iglesia católica, seguían negándose a asumirla; y un movimiento socialista cada vez más poderoso que quería avanzar todavía un paso hacia delante. Francia seguía ejerciendo su dominio en lo relativo a riqueza y cultura, pero su política interior era altamente inestable. En política exterior, no se había olvidado ni perdonado la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania en 1871, y el temor que Francia sentía por el

poderío alemán la hacía depender de forma angustiosa de su principal aliado: Rusia.

R U S I A

El otro rival temido por Gran Bretaña en el continente durante el siglo XIX era el gran Imperio ruso, cuya expansión hacia el sur y hacia el este amenazaba la ruta a la India a través de Oriente Próximo (que había llevado a Gran Bretaña a respaldar al moribundo Imperio turco) y las propias fronteras de aquel país. Sin lugar a dudas, el potencial de Rusia era (y sigue siendo) enorme, pero estaba limitado (como lo sigue estando) por el atraso de su sociedad y la ineficacia de su gobierno.

El capitalismo y la industrialización llegaron a Rusia demasiado tarde, y por medio de expertos e inversiones extranjeras. A principios del siglo XX los zares gobernaban una población de 164 millones, compuesta por una mayoría abrumadora de campesinos emancipados de la esclavitud hacía tan sólo una generación. La monarquía ejercía todavía un absolutismo como la Europa occidental nunca había conocido, apoyada por una Iglesia ortodoxa inmune a cualquier reforma, y a través de una burocracia inmensa y letárgica. Las élites cultas estaban divididas entre «occidentalistas», que, teniendo a Europa como modelo, trataban de introducir un gobierno responsable y un desarrollo económico, y los «eslavófilos», que consideraban que semejantes ideas eran degeneradas y deseaban preservar la cultura histórica eslava. Pero las sucesivas derrotas militares, a manos de los franceses y británicos en 1855-1856 y de los japoneses en 1904-1905, les enseñaron la

lección aprendida por Pedro el Grande de que el poder militar en el exterior dependía del desarrollo tanto político como económico en el propio país. La esclavitud había sido abolida después de la guerra de Crimea, y ciertas instituciones representativas fueron introducidas tras la derrota y casi revolución de 1905. El desarrollo del ferrocarril había estimulado sobremanera la producción industrial en la década de 1890, situando a Rusia, en opinión de algunos economistas, en el punto de «despegue» económico. Pero el régimen estaba aterrorizado ante la posibilidad de que el desarrollo industrial, por más esencial que pudiese resultar para la eficacia militar, alentase únicamente la exigencia de mayores reformas políticas, y eliminó a los disidentes con tanta brutalidad que los condujo hasta el límite del «terrorismo» (término y técnica inventados por los revolucionarios rusos en el siglo XIX), justificando así mayores brutalidades. Esto hacía de Rusia un aliado embarazoso, aunque necesario, para el Occidente liberal.

A finales del siglo XIX la atención del gobierno ruso había estado centrada en su expansión en Asia, pero tras su derrota en el conflicto contra los japoneses en 1904-1905 se volcó hacia el sudeste europeo, dominado todavía por el Imperio otomano. Allí, los movimientos de resistencia nacional, nacidos en las comunidades cristianas ortodoxas de Grecia, Serbia y Bulgaria, se habían dirigido tradicionalmente a los rusos en busca de apoyo, primero como hermanos cristianos, y luego como hermanos eslavos. Los tres habían creado estados independientes a lo largo del siglo XIX. Pero también había una enorme población de eslavos, especialmente de serbios y de sus primos croatas, en Austria-Hungría; cuantas más naciones serbias lograban establecer su identidad e independencia,

tanto más inquietos estaban los Habsburgo respecto al malestar cada vez mayor de sus minorías, y al papel que desempeñaba Rusia alentándolas.

A U S T R I A - H U N G R Í A

En la Europa occidental, es decir, en Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania e incluso Rusia, el nacionalismo era una fuerza de cohesión, aunque «naciones sumergidas» como Polonia e Irlanda luchaban ya por su independencia. No obstante, la monarquía de los Habsburgo estaba formada en su totalidad por «naciones sumergidas». En el siglo XVIII había existido una élite alemana dominante, pero incluso para los alemanes había ahora una patria adyacente en el nuevo Imperio alemán del norte. En 1867 el Imperio de los Habsburgo se había transformado en una «doble monarquía» al garantizar a la nación sumergida más poderosa, los magiares, la semi-independencia en el reino de Hungría, que compartía con los «austriacos» alemanes en el poder tan sólo un monarca (el emperador Francisco José, que gobernaba desde 1848), un ejército, una secretaría de Hacienda, y un ministerio de Asuntos Exteriores. Los magiares, al igual que los alemanes (e incluso los británicos, a quienes admiraban y cuyo edificio del parlamento imitaron en Budapest), se consideraban a sí mismos una raza superior, y gobernaban de modo opresivo sobre las minorías eslavas: los eslovacos, los rumanos y los croatas. En la mitad occidental de la monarquía, los «austriacos» alemanes no sólo gobernaban a los eslavos del norte (checos), del noreste (polacos y rutenos) y del sur (eslovenos y serbios), sino también a las tierras italianoparlantes de

las vertientes del sur de los Alpes ambicionadas por el nuevo reino de Italia. A diferencia de los rudos magiares terratenientes de Budapest, los sensatos burócratas de Viena trataban a sus nacionalidades súbditas con tolerancia y les garantizaban igualdad de derechos frente a los alemanes. El resultado sería la paralización de la maquinaria de gobierno en Viena forzando al emperador a gobernar mediante decretos. La rica mezcla de culturas hizo de Viena una ciudad única con una vida intelectual y artística en ebullición, pero los círculos intelectuales contemplaban el futuro con reparo y en ocasiones con desaliento.

ALEMANIA

Por último tenemos a la Alemania imperial, la potencia más compleja y problemática de todas.

La unificación de Alemania en 1871 había creado una nación que combinaba la economía más dinámica de Europa con un régimen que en muchos aspectos apenas había abandonado el feudalismo. La dinastía de los Hohenzollern había gobernado Prusia a través de una burocracia y un ejército procedentes de una «aristocracia militar» (*Junkers*) arraigada básicamente en las provincias orientales. Les incomodaba la existencia de un *Reichstag* (parlamento) que había estado aspirando infructuosamente al poder desde mediados del siglo XIX. En el recién unificado imperio el *Reichstag* representaba a la totalidad de la población alemana: a los conservadores agrarios con sus inmensas propiedades en el este, a los industriales del norte y del oeste, a los granjeros bávaros católico-romanos del sur, y, a



1. El káiser Guillermo II:
la encarnación del «militarismo prusiano».

medida que evolucionaba la economía, también a las clases obreras de la industria, con sus líderes socialistas, en los valles del Rin y en la cuenca del Ruhr. El *Reichstag* votaba los presupuestos, pero el gobierno era nombrado por el monarca, el káiser, ante el cual era responsable. El principal intermediario entre el *Reichstag* y el káiser era el canciller. El primero en ostentar este cargo, Otto von Bismarck, utilizó la autoridad procedente del káiser para hacer que el *Reichstag* cumpliera sus propias órdenes. Sus sucesores fueron poco más que simples mensajeros que informaban al *Reichstag* de las decisiones del káiser manipulándolas para asegurarse de la aprobación de los presupuestos. Incluso para el propio káiser no eran más que una especie de servicio doméstico mucho menos importante que el jefe del estado mayor.

Bajo estas circunstancias la personalidad del káiser era de crucial importancia, y la gran desgracia no sólo de Alemania sino también del mundo entero fue que en aquella coyuntura la Casa de Hohenzollern produjera en Guillermo II un individuo que personificaba las tres cualidades que, podríamos decir, caracterizaban a la élite alemana gobernante: militarismo arcaico, ambición desmesurada e inseguridad neurótica.

El militarismo estaba institucionalizado en el papel preponderante que el ejército había desempeñado en la cultura de la vieja Prusia, a la que había dominado y en gran medida incluso creado, tanto como sus victorias sobre Austria y Francia habían creado el nuevo Imperio alemán. En la nueva Alemania el ejército era socialmente dominante como lo había sido en la vieja Prusia: un dominio que se extendía a todas las clases sociales mediante un servicio militar obligatorio universal de tres años. La burguesía se ha-

bía ganado el ansiado derecho a llevar uniforme incluso estando en la reserva, e imitaba las costumbres de la élite militar de los *Junkers*. A un nivel inferior, los suboficiales retirados ejercían dominio en sus comunidades locales. El káiser aparecía siempre de uniforme en calidad de Todopoderoso Señor de la Guerra, rodeado de un ambiente militar. En el exterior, este militarismo, con sus constantes desfiles, uniformes y celebraciones de las victorias de 1870, se consideraba más absurdo que siniestro: y probablemente habría sido así de no estar vinculado a la segunda característica, la ambición.

El propio Bismarck, tras crear el Imperio alemán, simplemente se había contentado con preservarlo, pero la generación que le sucedió no se conformaba así de fácil. Tenía todos los motivos para ser ambiciosa. Era una nación de más de sesenta millones, fuerte y con una fantástica herencia en lo relativo a música, poesía y filosofía, y cuyos científicos, técnicos y eruditos (por no hablar de los soldados) eran la envidia del mundo entero. Sus industrias habían ya superado a las británicas en la producción de carbón y acero, y sus industriales, junto con los científicos, estaban protagonizando una nueva «revolución industrial» basada en la química y la electricidad. Los alemanes se enorgullecían de poseer una cultura única y superior que mantenía el equilibrio entre el barbarismo despótico de sus vecinos orientales y la democracia decadente de occidente. No obstante, en el seno de esta orgullosa y próspera nación se estaba fraguando una profunda escisión que se ahondaba a medida que su prosperidad iba en aumento. El crecimiento de sus industrias incrementaba el número e influencia de la clase obrera cuyos líderes, sin ser ya revolucionarios, presionaban cada vez más hacia la ampliación

de la democracia y la abolición de los privilegios sociales, y cuyo partido, los socialdemócratas, se había convertido en 1914 en el más numeroso del *Reichstag*.

Las clases pudientes libraban sus propias batallas, principalmente entre los terratenientes del este y los industrialistas del oeste; no obstante, hacían causa común contra lo que consideraban una amenaza socialista revolucionaria. Desde principios del siglo XX comenzaron a combatirla mediante una «política hacia adelante» basada en la afirmación de la «grandeza nacional». Con el káiser a la cabeza, los líderes políticos de la derecha empezaron a reclamar para Alemania el rango, no sólo de gran potencia, sino de potencia mundial, *Weltmacht*. El único competidor por este título era el Imperio británico, pero si tenía que competir con Gran Bretaña, Alemania necesitaría no sólo un gran ejército, sino también una gran flota. Para recaudar fondos para semejante flota era preciso un espectacular ejercicio de propaganda, y sólo sería efectiva si se presentaba a Gran Bretaña como el siguiente gran adversario al que tendrían que enfrentarse y vencer los alemanes si querían alcanzar el estatus que, según creían, les pertenecía por derecho propio.

LAS ALIANZAS RIVALES

Alemania se veía rodeada de enemigos por todas partes. Cuando Bismarck creó el Imperio alemán en 1871, sabía perfectamente que la reacción natural de sus vecinos sería la de unirse contra ella, y tuvo mucho cuidado de que esto no sucediese. Consideraba, y con razón, que Francia era irreconciliable, aunque sólo fuera porque la había obli-

gado a ceder sus provincias de Alsacia y Lorena. Por consiguiente trató de neutralizarla alentando las ambiciones coloniales que la llevarían al enfrentamiento con Gran Bretaña, y se aseguró de que no encontrase aliados entre las demás potencias europeas uniéndolas a todas en su propio sistema de alianzas. La doble monarquía no presentaba dificultad alguna. Acosada por problemas internos, la Doble Alianza con Alemania en 1879 le resultaba beneficiosa. Su enemigo natural era la recién unificada Italia, que ambicionaba los territorios de habla italiana en las laderas del sur de los Alpes y en el Adriático, que todavía estaban en manos de los austríacos, pero Bismarck los unió a ambos en una Triple Alianza apoyando las reivindicaciones territoriales italianas contra Francia y sus posesiones en el Mediterráneo.

Quedaban aún las dos potencias situadas en ambos extremos, Rusia y Gran Bretaña. Rusia sería un formidable aliado para Francia si se le ofrecía la ocasión, que Bismarck no estaba dispuesto a secundar. Se había preocupado de cultivar su amistad y la había vinculado a su «sistema» mediante una alianza concluida en 1881 y renovada como «tratado de Reaseguro» seis años después. En cuanto a Gran Bretaña, tener a sus adversarios naturales, Francia y Rusia, controlados por una fuerte potencia central resultaba harto conveniente para sus estadistas. La única cosa que Bismarck temía, y con razón, era una guerra en los Balcanes entre Austria y Rusia que pudiera desestabilizar el equilibrio tan precariamente establecido. En el congreso de Berlín de 1878 negoció un acuerdo que dividía los Balcanes en dos esferas de influencia entre Rusia y la doble monarquía, y le concedía a esta última un «protectorado» sobre la provincia otomana nortea más turbulen-

ta, Bosnia-Herzegovina. Este acuerdo produjo una paz incómoda que duró hasta finales de siglo, pero el «sistema» de Bismarck había empezado a tambalearse mucho antes.

Los sucesores de Bismarck, por muchas y complejas razones, no consiguieron renovar el tratado con Rusia, dejándola en disposición de cerrar una alianza con Francia. Fue un terrible error. Para Rusia, si esta nueva y poderosa Alemania no era un aliado, entonces constituía una amenaza que sólo podía ser contrarrestada mediante una alianza militar con Francia. En cualquier caso, Francia era una abundante fuente de inversiones del capital que Rusia necesitaba para financiar la modernización de su economía. Así pues, en 1891, ambas potencias firmaron un tratado, la Doble Entente, para hacer frente a la Triple Alianza, y los grupos rivales empezaron a competir en la mejora de su potencial militar.

Al principio los británicos contemplaban alarmados esta alianza entre sus tradicionales adversarios, y la dinámica de las relaciones internacionales habría dictado normalmente una alianza con Alemania como consecuencia natural. Que esto no se produjera se debió en parte a la tradicional reticencia de los británicos a involucrarse en las enmarañadas alianzas continentales, y en parte a la extraordinariamente torpe diplomacia alemana. No obstante, lo más importante de todo era la decisión alemana, que ya hemos mencionado, de construir una flota capaz de desafiar el dominio británico de los mares.

Dado que ya disponía del ejército más poderoso del mundo, no se acababa de comprender —por lo menos no los británicos— por qué Alemania necesitaba una armada transatlántica. Hasta entonces, a pesar de la competencia

industrial, las relaciones británicas con Alemania habían sido más cordiales que otra cosa. Pero ahora daba comienzo una «carrera naval» en pos de una superioridad cuantitativa y cualitativa de los barcos, que había de transformar la opinión pública británica. Hacia 1914, Gran Bretaña se encontraba definitivamente a la cabeza, aunque sólo fuera porque estaba preparada para destinar mayores recursos a la construcción de buques y no necesitaba, como Alemania, sostener también la pesada carga de una carrera armamentística terrestre. Sin embargo, los británicos seguían preocupados no tanto por la flota que Alemania ya había construido como por la que podría llegar a tener, especialmente si una guerra victoriosa le concediera la hegemonía sobre el continente.

Así pues, Gran Bretaña restableció las relaciones con sus enemigos tradicionales. En 1904 limó sus diferencias con Francia en África estableciendo una relación que se conocería como la «entente cordial». Pero todavía quedaba el Imperio ruso, cuya expansión por el sur hacia las fronteras de la India había supuesto una constante pesadilla para los estadistas victorianos, y había llevado en 1902 a los británicos a cerrar su primera alianza formal de casi un siglo con la potencia emergente de Japón. Tres años después Rusia fue derrotada y casi abocada a una revolución a causa de la guerra contra Japón, por lo tanto en 1907 se sintió aliviada al firmar un acuerdo con Gran Bretaña relativo a las tierras fronterizas con Persia y Afganistán, creando así la Triple Entente. Fuera de Europa, Gran Bretaña tuvo la precaución de mantener buenas relaciones con Estados Unidos. El apetito de los norteamericanos por la expansión naval se había visto estimulado por la victoria sobre España en 1899 y la anexión de sus posesiones en el Pací-

fico, pero los estadistas británicos se dieron cuenta de que los enormes recursos de América aconsejaban evitar la confrontación a toda costa. Por consiguiente, las tradicionales rivalidades quedaron apaciguadas por el abandono real de la presencia naval británica en el hemisferio occidental y el cuidadoso cultivo de unas relaciones armoniosas entre las élites británicas y norteamericanas basadas en la consanguinidad «anglosajona» y unos valores políticos compartidos.

A pesar de que Gran Bretaña no firmase ninguna alianza formal más que con Japón, los alemanes se quejaron de que los británicos estaban tejiendo una red para cercarlos y aprisionarlos, cosa que empeoró sustancialmente sus relaciones. En 1911, cuando los alemanes trataron de humillar a los franceses desafiando su influencia en Marruecos con un alarde naval frente a Agadir, los británicos pusieron de manifiesto su apoyo a los franceses. Muchos británicos y alemanes empezaron a considerarse enemigos naturales, y a contemplar la guerra entre ambos como algo inevitable.

Sin embargo, cuando estalló la guerra tres años más tarde, lo hizo en el otro extremo de Europa, en los Balcanes, como el propio Bismarck había vaticinado.

LA CRISIS DE LOS BALCANES

Sin la mano pacificadora de Bismarck, las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia se fueron deteriorando tanto como las mantenidas entre Gran Bretaña y Alemania. El estado balcánico más temido por los austríacos era Serbia, especialmente desde que su protectorado sobre Bosnia-

Herzegovina había situado a numerosos serbios bajo su control. En 1903 un golpe de estado en Belgrado había derrocado la dinastía Obrenovic que había iniciado una vía de conciliación con la doble monarquía, y la sustituyó por un régimen dedicado a la expansión de Serbia mediante la liberación de los serbios bajo gobiernos extranjeros, especialmente los de Bosnia. Cinco años después Austria se anexionó formalmente Bosnia-Herzegovina para facilitar el control sobre aquellas provincias. El gobierno serbio respondió creando un «movimiento de liberación» abierto a los serbios bosnios con una rama terrorista encubierta, la Mano Negra, entrenada y apoyada por elementos del propio ejército serbio. Al mismo tiempo, Serbia, con el beneplácito ruso, tomó el mando en la formación de una «Liga Balcánica» junto con Grecia, Bulgaria y Montenegro, destinada a la expulsión definitiva de los turcos de la península. Su oportunidad se presentó en 1912, cuando los turcos estaban ocupados en la defensa de sus territorios en Libia contra un ataque perpetrado por Italia, cuyo gobierno albergaba ambiciones grandiosas (anticipando ya las que acariciaría Mussolini una generación después) para recuperar las antiguas glorias del Imperio romano. En la primera guerra balcánica de aquel año los aliados de los Balcanes expulsaron a los turcos de toda la península, excepto de una cabeza de puente en torno a Adrianópolis. La segunda guerra se combatió al año siguiente entre los aliados victoriosos por el reparto del botín.

Como consecuencia de estas dos guerras, el territorio y la población de Serbia quedaron duplicados y sus ambiciones enormemente alentadas. Pero en Viena las emociones que prevalecían eran de temor y frustración: temor

ante el, en apariencia, imparable avance serbio, con todo el estímulo que ello suponía para los disidentes eslavos en ambas partes de la monarquía, y frustración ante su incapacidad de llevar a cabo cualquier acción. Entonces, el 28 de julio de 1914 el heredero al trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, fue asesinado en Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, por Gavrilo Princip, un terrorista adolescente entrenado y armado por la Mano Negra, respaldada por los serbios.